

ANDREA H. JAPP

La
Piedra Roja

algaida
INTER

Título original: *Les mystères de Druon de Brévaux. Aesculapius*

Primera edición: 2012

© Andrea H. Japp, 2010
© de la edición francesa: Flammarion, 2010
© de la traducción: Ana Hidalgo Jiménez, 2012
© Algaida Editores, 2012
Avda. San Francisco Javier, 22
41018 Sevilla
Teléfono 95 465 23 11. Telefax 95 465 62 54
e-mail: algaida@algaida.es
Composición: Grupo Anaya
ISBN: 978-84-9877-802-1
Depósito legal: Se. 3.353-2012
Impreso en España-Printed in Spain

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

ÍNDICE

LISTA DE PERSONAJES PRINCIPALES	15
CAPÍTULO I	17
CAPÍTULO II	29
CAPÍTULO III	37
CAPÍTULO IV	55
CAPÍTULO V	59
CAPÍTULO VI	69
CAPÍTULO VII	75
CAPÍTULO VIII	79
CAPÍTULO IX	83
CAPÍTULO X	91
CAPÍTULO XI	107
CAPÍTULO XII	113
CAPÍTULO XIII	123
CAPÍTULO XIV	127
CAPÍTULO XV	145
CAPÍTULO XVI	155

CAPÍTULO XVII	163
CAPÍTULO XVIII	167
CAPÍTULO XIX	169
CAPÍTULO XX	181
CAPÍTULO XXI	183
CAPÍTULO XXII	197
CAPÍTULO XXIII	201
CAPÍTULO XXIV	209
CAPÍTULO XXV	217
CAPÍTULO XXVI	221
CAPÍTULO XXVII	225
CAPÍTULO XXVIII	227
CAPÍTULO XXIX	237
CAPÍTULO XXX	241
CAPÍTULO XXXI	245
CAPÍTULO XXXII	261
CAPÍTULO XXXIII	267
CAPÍTULO XXXIV	271
CAPÍTULO XXXV	275
CAPÍTULO XXXVI	279
CAPÍTULO XXXVII	287
CAPÍTULO XXXVIII	297
CAPÍTULO XXXIX	303
CAPÍTULO XL	313
CAPÍTULO XLI	319
CAPÍTULO XLII	327
CAPÍTULO XLIII	337
CAPÍTULO XLIV	341
CAPÍTULO XLV	359

CAPÍTULO XLVI	369
CAPÍTULO XLVII	375
CAPÍTULO XLVIII	385
CAPÍTULO XLIX	395
CAPÍTULO L	405
CAPÍTULO LI	411
CAPÍTULO LII	415
CAPÍTULO LIII	419
CAPÍTULO LIV	425
CAPÍTULO LV	433
CAPÍTULO LVI	441
CAPÍTULO LVII	443
CAPÍTULO LVIII	451
CAPÍTULO LIX	455
EPÍLOGO	457
GLOSARIO	465
BIBLIOGRAFÍA	467

*Para Andrée,
que siempre me apoya*

«QUE SE HAGA TODO LO NECESARIO PARA QUE el penitente no pueda proclamarse inocente para no dar al pueblo el menor motivo de que piense que la condena es injusta».

«LA FINALIDAD DE LOS PROCESOS Y DE LAS CONDENAS a muerte no es salvar el alma de los acusados, sino mantener el bienestar público y aterrorizar al pueblo (...). Aunque sea lastimoso llevar a la hoguera a un inocente... Alabo la costumbre de torturar a los acusados».¹

¹ Francisco Peña, canonista del siglo XVI a quien la Santa Sede encargó la reedición del Manual de los inquisidores de Nicolau Eymerich.

LISTA DE PERSONAJES PRINCIPALES

DRUON DE BREVAUX, médico laico itinerante.

JEHAN FAUVEL, médico laico, padre de Druon.

FOULQUES DE SEVRIN, obispo de Alençon, amigo de Jehan.

HUGUELIN, joven ayudante de Druon.

EUDES DE GRIMBLANT, señor inquisidor.

ÉLOI SILAGE, dominico.

ALARD HÉRITIER, espía del señor de Nogaret.

HUGUES DE PLISANS, caballero templario, consejero del señor de Nogaret.

HERBERT D'ANTIGNY, barón ordinario, sobrino de Béatrice.

HÉLÈNE D'ANTIGNY, esposa de Herbert.

FRANCOIS DE GALFESTAN, baile de Herbert.

En el castillo:

BÉATRICE, BARONESA D'ANTIGNY, señora, tía política de Herbert.

IGRAINE, maga y consejera de Béatrice.

LÉON, hombre de confianza de Béatrice.

CLOTILDE, sirvienta, trabajó con anterioridad en casa de Jean Lemercier.

SIDONIE, sirvienta al servicio de Béatrice.
JULIENNE D'ANTIGNY, cuñada de Béatrice.
ÉVRAD JOLIET, bibliotecario-copista de Béatrice.
GRINCHU, hombre de armas de Béatrice.

En el pueblo:

JEAN LEMERCIER, conocido como el Sabio, acaudalado mercero, jefe del consejo del pueblo.
ANNETTE LEMERCIER, esposa de Jean.
AGNAN MORTABEUF, bordador, miembro del consejo del pueblo.
NICOL PAILLET, maestro herrero, miembro del consejo del pueblo.
GÉRAUD PAILLET, hijo de Nicol.
LUBIN SERRET, apoticario, miembro del consejo del pueblo.
MICHEL JACQUARD, apodado Limace, posadero, miembro del consejo del pueblo.
SÉVERIN FOURNIER, granjero acaudalado, miembro del consejo del pueblo.
LUCIE FOURNIER, hija de Séverin.
ALPHONSE PORTECHAPE, tonelero.
SÉRAPHINE, tintorera.
GASTÓN EL SIMPLÓN, tonto del pueblo.

I

Alençon, Montsort, febrero de 1306

LA MODESTA IGLESIA DE SAINT-PIERRE-DE-MONTSORT¹, construida sobre un promontorio, miraba a Alençon desde el otro lado del Sarthe y dependía de la Diócesis de Mans. Numerosos viajeros elegían dormir en aquel arrabal, antes de enfrentarse por la mañana temprano a las interminables colas del peaje que permitían la entrada a la ciudad.

Alicaído, exhausto y aterido de frío, el hombre alto y delgado observó con detenimiento el crucifijo de madera pintada. Le había invadido el desánimo. Todos aquellos años de búsqueda incesante, de peligros, de ocultación, ¿para qué? Con su abatimiento se mezclaba un temor cada vez más insistente. ¿Acaso no había dado muestras de un egoísmo criminal al haberse obsesionado con la magnífica quimera que perseguía? ¿Qué importaba, en el fondo, si se consumía? ¿Qué importaba si las amenazas que se cernían sobre él acababan por cumplirse un día? Pero, ¿y Héluise, su tan amada hija? Su obstinación, su empeño por descubrir la verdad habían puesto en peligro a la

¹ Muy antigua. Fue destruida en el siglo XIX.

joven. Jehan Fauvel, médico laico², exhaló con la boca entreabierta, detestándose. Héluise, su logro más brillante, su secreto máspreciado. Rezó una oración muda y ferviente al Cristo de madera. Que ella jamás tuviera que sufrir las consecuencias de los actos de su padre.

La misma pregunta lancinante le hostigó: ¿y si estaban equivocados desde el principio? ¿Y si lo que ellos habían pensado que eran señales, revelaciones, resultaba ser una ilusión? ¿Y si todo aquello se reducía a una peligrosa engañifa?

No, aquello no podía ser, si no su vida no habría tenido ningún sentido. Él había recibido pruebas de la existencia de su objetivo, pruebas ciertamente imprecisas pero que justificaban la amplitud de sus esfuerzos, de los esfuerzos de ellos.



Una corriente de aire glacial le entró por la nariz. Jehan Fauvel se giró de cuerpo entero. Un franciscano encapuchado avanzó hacia él con las manos tendidas, lívidas de frío.

Fauvel retuvo un suspiro de alivio y murmuró:

—Por fin vos, amigo mío. Temía que no pudierais reunirnos conmigo.

Foulques de Sevrin, obispo de Alençon, le dirigió una sonrisa contrita. Echó un vistazo a los estragos que el tiempo había provocado en su viejo amigo. Unos surcos profundos cruzaban la piel casi cerosa del rostro de Jehan. Unos mechos-

² Con derecho a contraer matrimonio, el médico laico ejercía la medicina, en la mayoría de los casos sin título alguno, después de algunos años de estudio. El doctor en medicina, que se consideró clérigo hasta el siglo XV, tenía prohibido contraer matrimonio.

nes grisáceos habían invadido su rala cabellera, antaño tan morena y conquistadora. Él murmuró a su vez:

—He tenido que disfrazarme para pasar desapercibido. Jehan... habíamos decidido no reunirnos más que en caso de extrema necesidad.

Jehan Fauvel consideró que su amigo de siempre, su fiel compañero de búsqueda, era consciente de los riesgos que había corrido para reunirse con él en aquel lugar.

—No me he decidido a haceros llegar un mensaje más que en último extremo. La amistad con la que vos me honráis desde hace tanto tiempo es uno de mis últimos consuelos. Han ocurrido tantas cosas en estos tres años que llevamos sin vernos... muy pocas de ellas venturosas. ¿Acaso me he empeñado como un viejo loco en correr el riesgo de comprometeros a vos y a mi querida Héluise? No consigo creerlo y esa es la razón por la que necesitaba reunirme con vos.

—Yo tampoco lo creo —admitió Foulques de Sevrin suspirando—. Juraría que esta vez nuestro fin está justificado. Pero... ¡la Inquisición ha ganado tanto poder! Ahora extiende sus maléficos tentáculos por todas partes. Fue concebida para salvar almas y se ha convertido en una horrible máquina de destrucción.

—Jesús bendito, no lo ignoraba —admitió Jehan de Fauvel, luchando por quitarse de la cabeza las escenas de muerte y suplicio que intentaban abrirse camino en su mente.

A pesar del temor que se reflejaba en la crispación de sus mandíbulas, Foulques siempre tenía buen aspecto. La finura de sus rasgos, que evocaba casi a la del género femenino, se atenuaba por la intensidad de una mirada casi negra que contrastaba con la palidez de su piel.

Un ligero crujido que provino de uno de los absidiolos les sobresaltó. Pálido como la cera, el obispo se santiguó, lan-

zando una mirada de temor a Jehan, que se echó un faldón de su mantel³ sobre el hombro, sacando la daga que colgaba de su cinto.

Con la mano sobre el puño del arma, el médico avanzó sigilosamente hacia el lugar de donde provenía el ruido. Indagó en las sombras del absidiolo, apenas atravesadas por la luz agonizante de algunos cirios que se estaban terminando de consumir.

Nada. Seguramente un crujido de la madera causado por el efecto del frío implacable.

Volvió a donde estaba su amigo. Ya había tomado una decisión. Recuperó la pequeña bolsa de tela oculta bajo su túnica, contra el pecho, y se la tendió a su compañero que, al principio, la rechazó con un gesto de temor.

—Lo mejor, querido Foulques, es que os confíe la piedra —murmuró Jehan, sondeando la mirada sombría y presa del pánico del obispo de Alençon—. Por favor, después de tantos años de incesante esfuerzo para encontrarla. Vos conocéis su extrema importancia. Muchos hombres han perecido por poseerla u ocultarla, ahora bien, está en peligro en mi posesión. Es mejor que lo admitáis: dudo que vuelva a ver jamás vuestro rostro, amigo. Se estrecha el cerco en torno a mí.

—¿Qué me decís? —se alarmó el obispo aceptando a regañadientes el saquito de tela.

Jehan Fauvel no dudó. Habría sido indigno mantener a Sevrin en una ignorancia cuyas consecuencias podían resultar devastadoras para él.

—Una de mis pacientes tuvo la valentía de ponerme en guardia. Un eclesiástico, un dominico⁴, fue a hacerle una visita

³ Capa larga.

⁴ Los inquisidores eran principalmente dominicos, además de algunos franciscanos.

con el pretexto de que conocía muy bien a su difunto hermano. Sin embargo, según ella, la conversación se desvió rápidamente hacia mí. Como mujer de honor y de gran inteligencia que es, enseguida desconfió. Ahogó al hermano bajo un diluvio de anécdotas halagüeñas, de las cuales ninguna podía perjudicarme. A pesar de eso, ellos... la Inquisición me pisa los talones.

La preocupación tensó el hermoso rostro del obispo.

—¡Ah, Dios mío! Jesús bendito... Tengo que reflexionar... Debéis huir, esconderos... Vos les conocéis... Sus métodos hacen estremecer... Nadie osa ya alzar la voz, por supuesto. Les temo al igual que vos.

—Lo sé.

—¿Qué es esta piedra, mi buen Jehan? ¿Por qué tantos engaños y asesinatos a su alrededor?

—Su misterio está intacto —se exaltó Jehan—. Lo único que sabemos es que es crucial. La he examinado desde todos sus ángulos con la ayuda de una lente de aumento, iluminándola con toda clase de luces... Incluso he intentado romperla, pero es tan dura que se rompía la hoja. Nada, no hay nada. Ningún signo, ninguna inscripción, ¡nada! Su agua es límpida. El monje agonizante que me la dio y que fue envenenado, mi primo, murió en mis brazos y repitió en su último aliento: «*Templa mentis, templa mentis...*».

—¿El santuario del pensamiento?

Jehan asintió con la cabeza. Cerró los ojos un breve instante. Recordó. El hermano Agnan, portero⁵ de la abadía de la Sainte-Trinité de Thiron⁶, su primo hermano, le había hecho

⁵ Hermano que guardaba las llaves de la abadía y vigilaba las entradas y los locutorios.

⁶ Abadía madre formada por la Orden de Thiron, que llegaba hasta Escocia, como la abadía de Kilwinning, donde nacería la francmasonería de rito escocés. La gran riqueza de los monjes de Thiron contradecía la pobreza deseada por san Bernardo, el fundador de la abadía.

llegar una breve misiva a través de un castrador, un sirviente laico. Al médico le costó reconocer la letra vacilante con la que el monje había escrito en ella:

Mi buen primo:

Mi viejo corazón a veces me falla, se me nubla la vista, mis orines se oscurecen y me asalta la duda. Sospecho de un pérfido envenenamiento. Quiéren matarme. La razón es clara. Es por eso por lo que os quiero entregar algo muy preciado sobre lo que no os puedo hablar aquí.

*Por favor, reuníos conmigo a la caída de la tarde, en Saint-Clau-de, en cuanto terminen las vísperas^{*7}, a algunas toesas* de la entrada de los hornos. Os esperaré allí.*

Ya no albergo esperanzas en vuestros cuidados de médico prestigioso. Me falta el tiempo. No obstante, el objeto que guardo en secreto desde hace años no debe caer en sus manos.

Vuestro muy abnegado y muy afectuoso primo:

Agnan de Fauvel

Jehan había forzado a su caballo con el fin de llegar a la hora acordada. Por prudencia había recorrido a pie las últimas toesas que le separaban de la muralla de la abadía. El frío cortante de aquel comienzo de la noche le entumecía las extremidades inferiores. Esperó pacientemente, dando pasos en el sitio con la vana esperanza de calentarse un poco. Un sonido ahogado a lo lejos, que provenía de un bosquecillo de árboles jóvenes, como el que produciría un animal al arrastrarse para huir con discreción, le alertó. Después, un ataque de tos muy humano. Jehan Fauvel se precipitó en su dirección, hilándose su aliento en vaho.

Con el rostro paralizado por el dolor y una mano crispada sobre el vientre, Agnan yacía de lado, encogido sobre sí mismo.

⁷ Encontrará dos tipos de notas en esta obra: los nombres comunes y propios seguidos de un asterisco se explican al final del libro.

A pesar de la helada, un sudor malsano le empapaba el rostro y la piel se había tornado del color gris ceniza propio de los agonizantes. Una saliva amarillenta salía de entre sus labios. Él farfulló:

—Me muero, buen primo. Malditos sean los que...

Un nuevo ataque de tos había ahogado sus palabras. Fauvel sabía que nada de lo que pudiera intentar hacer le devolvería la vida. Otro médico le habría practicado una sangría⁸, eterno remedio que, sin duda, había llevado al óbito a más infelices que cualquier otra práctica, con el pretexto de que se trataba de «una ventilación del calor de los cuatro humores». Seguramente él también habría recurrido a recetas recopiladas en los diferentes bestiarios o lapidarios⁹ y especialmente a los bezoares¹⁰, que se pensaba que hacían maravillas en esos casos. No obstante, Fauvel ya no creía desde hacía mucho tiempo en las virtudes alexifármacas¹¹ de la famosa piedra que algunos charlatanes vendían a precio de oro asegurando haberla extirpado del cráneo de un sapo¹².

⁸ La sangría o flebotomía se practicaba desde la antigüedad y siempre estuvo en boga hasta el siglo XIX. San Bernardo la justificó declarando: «Existen dos causas por las que extraer la sangre al hombre: o bien tiene demasiada, o bien la tiene mala». Concuerda con la teoría de los cuatro humores alabada por Hipócrates y Galeno. Existen cuatro, ligados a los cuatro elementos y a cuatro temperamentos: aire-sangre-temperamento sanguíneo; tierra-bilis negra-temperamento melancólico o atrabiliario; fuego-bilis amarilla-temperamento colérico o bilioso; agua-flema-temperamento fleumático o linfático. La sangría fue, igualmente, muy practicada a modo de prevención para conservar una buena salud.

⁹ Inventarios de todos los preparados a base de animales o de piedra, de los cuales muchos se consideraban, sin razón, capaces de luchar contra los venenos.

¹⁰ Concreciones calculosas que se encuentran en el estómago, el intestino y las vías urinarias de los cuadrúpedos.

¹¹ Remedios que expulsaban del organismo los tóxicos y que prevenían los efectos de los venenos.

¹² En francés la palabra *crapaudine* (crapodina), viene de *crapaud* (sapo).

Se arrodilló al lado del moribundo, levantándole la cabeza para facilitarle la respiración. La mente de Agnan se turbaba. Él masculló:

—Tanto tiempo para tan poco. Qué derroche. Dios Todopoderoso, ¡qué derroche tan consternado!

Su respiración se había vuelto trabajosa, entrecortada. Tendió la mano engarrotada. Entreabrió los dedos y la piedra de color rojo sangre cayó. Entonces, el monje repitió:

—*Templa mentis, templa mentis...*

—¿Buen primo?

—Tan poco... Nada...

Jehan enjugó con la palma de su mano el sudor que bañaba la frente del moribundo. Una vaga sonrisa ya lejana. Los ojos de Agnan se abrieron de par en par y la cabeza se le volcó hacia un lado.

Bajo el frío glacial, Jehan Fauvel rezó por el descanso de aquel primo que apenas conocía. Después lo tumbó, cruzándole las manos como si rezara sobre el pecho, temiendo que el frío y el *rigor mortis* impusieran de inmediato a aquel pobre cuerpo una postura grotesca.

Seguramente fue en aquel preciso instante cuando tomó conciencia del formidable poder de sus enemigos, esos enemigos de los que no sabía nada.



El médico volvió al presente y miró al obispo durante un largo instante, continuando con voz átona:

La crapodina era una piedra preciosa a la que se le atribuía la capacidad de prevenir los efectos de los venenos. (N. de la T.).

—El pobre falleció sin decírmelo antes. Ciertamente, yo también tengo que desaparecer, Foulques, para protegeros tanto a vos como a Héluise. En cuanto a ella, deberá fingir que es tan inocente como un cordero.

—No. Si vuestros temores son fundados, si os siguen la pista, no conseguiréis llegar nunca a la frontera italiana o española, ni siquiera embarcar hacia el reino inglés. Las postas donde arrendar caballos, las posadas, los caminos corren el riesgo de estar vigilados y de convertirse en una trampa mortal. Es cierto que no son muy numerosos, pero gozan de tanto apoyo, de tanta complacencia por parte de los laicos más o menos poderosos que hasta nuestro buen rey, Felipe el Hermoso*, al igual que otros soberanos, permite que la Inquisición prospere, pues confía en que nuestro nuevo papa, Clemente V*, luche contra la Orden del Temple y contra la memoria de Bonifacio VIII*. No, os lo digo yo... No podría ser peor el momento para ponerlos en camino. Encerraos algún tiempo. Pensarán que os habéis colado por los agujeros de la red y relajarán la vigilancia, permitiéndoos así descansar.

—Foulques, mi buen Foulques... —suspiró el otro—. Ya no tengo ningún lugar a dónde ir. En cuanto a volver a Brévaux, ni hablar. Mi peor pesadilla es que ellos se interesen demasiado por Héluise.

El obispo miró durante un largo instante al Cristo pintado y cerró los párpados. Con voz hastiada, temblorosa, propuso:

—La pequeña granja que poseo cerca de Saint-Aubin-d'Appenai, a cinco leguas de aquí... Oh, bueno, se trata de una pobre casucha. Sin embargo, está muy bien aislada, rodeada de bosques y de campos, tan poco atrayente que apenas interesa al caminante. Edwige vive en ella desde hace muchos años y nunca le han molestado... Ella os cederá con mucho gusto un pequeño cuarto.

Jehan notó transparentarse la pena en la voz de su amigo cuando dijo lo siguiente:

—Recordáis a Edwige, ¿verdad?

—Perfectamente, y vuestra decisión me pareció de un extraño valor. ¿Tanto habrían...?

—Ah, pero es que yo no soy «tanto» y aquel que pierde su honor a sus propios ojos, lo ha perdido todo. Edwige no verá ningún inconveniente en compartir durante un tiempo su retiro con vos, estoy seguro de ello. La encontraréis muy cambiada. La última vez que le hice una visita clandestina parecía una anciana. La vida no ha sido muy amable con ella. Id con ella, viejo amigo, y dejaos ver lo menos posible.

Jehan le tomó de las manos en señal de alivio y de agradecimiento.

—¡Qué sería de mí sin vuestra ayuda, vuestra fidelidad, vuestra valentía!

El médico sabía que Fouques habría dudado antes de ofrecerle aquel remanso transitorio. Corría un riesgo considerable al interponerse de aquel modo entre la Inquisición y su amigo.

—¿Acaso no es esa la definición de la verdadera amistad? —murmuró el otro sonriendo con tristeza—. Me voy a informar, con sutileza. En cuanto me parezca que hay vía libre os avisaré por mensajero. Añadiré un poco de dinero para facilitaros vuestro periplo fuera del reino. No... no protestéis. Un fugitivo sin dinero es un fugitivo medio muerto.

Un silencio acompañó sus palabras y cada uno tomó conciencia del peligro al que se exponía.

—Debemos separarnos... —balbuceó por fin el obispo—. No sé... en fin...

—¿Si volveremos a vernos en este mundo? —terminó Jehan al percibir la emoción de su amigo—. Dios decidirá. No

obstante... vosotros, Héluise y vos, seréis mi recuerdo máspreciado y mi último consuelo. A pesar de todo, soy un hombre afortunado ya que he vivido unido a dos seres magníficos. Una última petición, si lo intento... Héluise...

—¡Oh, desde luego, no hay ni que mencionarlo! Yo velaré por ella desde lejos para no comprometerla. La quiero tanto como si fuese mi propia hija. Querida y dulce Héluise.

Hubo un nuevo y corto silencio de emoción. Los dos hombres se miraron de hito en hito durante largo rato, seguros de que aquella imagen sería la última que cada uno se llevaría del otro. Un dolor lancinante recorrió el pecho de Foulques. En el fondo, excepto Jehan, ¿qué le quedaba de su vida anterior, de su verdadera vida, de aquellos años en los que no había sido más que él mismo? ¿Qué conservaba de la grandeza de la pasión, de la pureza de las intenciones si no era su juventud en común? Él pensó, casi confesó que la vida de su amigo, a sus ojos, contaba tanto como la suya, pero se echó atrás. Lo lamentaría durante mucho tiempo. Jehan puso punto final a aquel momento triste pero perfecto:

—Adiós amigo mío y que Él os guarde siempre.

—Adiós hermano mío. Rezaré por vos con fervor.

La oscuridad de la nave engulló de golpe la alta silueta de Jehan. Durante algunos segundos no persistió más que el eco de sus pasos sobre las anchas losas de piedra oscura. Las llamas de los escasos cirios vacilaron cuando la noche del exterior lo aspiró. Había desaparecido para siempre. Un dolor punzante sofocó al obispo, que reprimió las lágrimas. Inspiró profundamente y se adentró en la sombra nocturna que le rodeaba.



Un temblor perturbó la elegante caída del *antependium*¹³ bordado con hilo de oro. Una silueta menuda, vestida de negro, salió sin esfuerzo de debajo de la mesa de misa. Su amo se sentiría satisfecho: ahora sabía dónde se encontraba la piedra que le habían robado a su comitente mucho tiempo atrás, en una tierra lejana. Tal vez le reprochara no haber aprovechado los instantes de soledad del obispo para matarle y recuperarla enseguida. No obstante, no se degolla a un obispo sin una orden formal y, a ser posible, escrita. Los poderosos a menudo tienden a olvidar que han ordenado un asesinato.

¹³ Ropa que adorna la delantera de la mesa de misa.